SHAKESPEARE, WILLIAM.

William Shakespeare (1564-1616), nació en -- Stratford-on-Avon (Inglaterra), hijo de un agricultor comerciante en situación próspera. Sus primeros trabajos literarios consistieron en restaurar viejas piezas de teatro para ser representadas. En 1593 se publicó su primera obra, Venus y Adonis. Pese a su gran reputación, las referencias personales a Shakespeare son bastante vagas y poco numerosas. El "corpus" shakespeariano consta de un grupo pequeño de poesías no dramáticas, de ciento cincuenta y cuatro sonetos, y de treinta y siete piezas dramáticas, entre las que se hallan las mundialmente célebres: Trabajos de amor perdidos, Los dos caballeros de Verona, La comedia de las equivocaciones, Sueño de una noche de verano, Las alegres comadres de Windsor, Mucho ruido para nada, Hamlet, Medida por medida, Otelo, Macbeth, El rey Lear, La tempestad, Cuento de Invierno, Enrique VIII, Romeo y Julieta, etc.

LA TRAGEDIA DE ROMEO Y JULIETA.

William Shakespeare.

P E R S O N A J E S.

ESCALO.	Príncipe de Verona.
PARIS.	Joven noble, pariente del Príncipe.
MONTESCO CAPULETO	Jefes de dos casas enemistadas entre sí.
UN ANCIANO.	De la familia de Capuleto.
ROMEO.	Hijo de Montesco.
MERCUCIO.	Pariente del Príncipe y amigo de Romeo.
BENVOLIO.	Sobrino de Montesco y Amigo de Romeo.
TEOBALDO.	Sobrino de Lady Capuleto.
FRAY JUAN. FRAY LORENZO.	Franciscanos.
BALTASAR.	Criado de Romeo.
GREGORIO. SANSON.	Criados de Capuleto.
PEDRO.	Criado de la nodriza de Julieta.
ABRAHAN.	Criado de Montesco.
UN BOTICARIO.	
Tres MUSICOS.	
EL PAJE DE MERCUCIO.	
EL PAJE DE PARIS.	
OTRO PAJE.	
UN CABO DE RONDA.	
LADY MONTESCO.	Esposa de Montesco.

LADY CAPULETO. Esposa de Capuleto.

JULIETA. Hija de Capuleto.

LA NODRIZA DE JULIETA.

Ciudadanos de Verona; hombres y mujeres, deudos de ambas casas; enmascarados, guardias, alguaciles y acompañamiento.

Entran varios individuos de ambas casas, que toman parte en la refriega; y después, ciudadanos con garrotes y partesanas.

CIUDADANOS.- ¡Garrotes, picas y partesanas! ¡Duro! ¡Dad en tierra con ellos! ¡Abajo los Capuletos! ¡Abajo los Montescos.

Entran CAPULETO, *vestido con su bata, y* LADY CAPULETO.

CAPULETO.- ¿Qué ruido es este? ¡A ver, mi espada de combate! ¡Venga!

LADY CAPULETO.- ¡Una muleta, una muleta! ¿Para qué pedís una espada?

CAPULETO.- ¡Mi espada digo! ¡El viejo Montesco llega y blande su hoja a despecho mío!

Entran MONTESCO y LADY MONTESCO.

MONTESCO.- ¡Tú, villano Capuleto!... ¡No me detengáis, dejadme!

LADY MONTESCO.- ¡No darás un paso para ir en busca de un enemigo!

Entra el PRÍNCIPE *con su séquito.*

PRÍNCIPE.- ¡Vasallos revoltosos, enemigos de la paz, profanadores de esos aceros, que manchâis con la sangre de vuestros vecinos!... ¿No escucharán? ¡Cómo! ¡Vaya! ¡Hombres, fieras, que apagáis el fuego de vuestro furor insensato con purpúreos torrentes que brotan de vuestras venas, bajo pena de

tormento, arrojad al suelo, de esas manos sangrientas, vues-
tras mal templadas armas, y oíd la sentencia de vuestro enoja-
do Príncipe! Tres reyertas intestinadas, nacidas de una vana
palabra, por ti, viejo Capuleto, y por ti, Montesco, han tur-
bado tres veces la quietud de nuestras calles; y los ancia-
nos habitantes de Verona se han visto obligados a despojarse
de sus graves y decentes prendas para manejar viejas partesa-
nas, con manos igualmente viejas y corroídas por la paz, con
el fin de atajar vuestro corroído odio. Si en lo sucesivo pro-
movéis nuevos desórdenes en nuestras calles, vuestras vidas
pagarán el quebrantamiento de la paz. Por esta vez retiraos
todos. Vos, Capuleto, vendréis conmigo, y vos, Montesco, id
esta tarde para saber nuestra ulterior resolución en este
asunto, a la antigua Villafranca, nuestro habitual punto de
justicia. ¡Lo repito: bajo pena de muerte, retírese todo el
mundo! (*Salen todos, menos* MONTESCO, LADY MONTESCO y BENVO-
LIO.)

MONTESCO.- ¿Quién ha vuelto a despertar esta antigua
discordia? Hablad, sobrino. ¿Os hallabais presente cuando
comenzó?

BENVOLIO.- Estaban aquí riñendo cuerpo a cuerpo vuestros
criados y los de vuestro enemigo, antes de yo llegar. Desen-
vainé, con intención de separarlos, cuando en aquel momento
acude Teobaldo con su espada dispuesta, quien, lanzando pro-
caciones a mis oídos, la agitaba sobre mi cabeza, hendiendo
los aires, que, sin recibir daño alguno, silbaban haciéndome
burla. En tanto nos devolvíamos tajos y reveses, venía más
más gente y peleaba a favor de una y otra parte, hasta que
llegó el Príncipe, que departió las dos partes.

LADY MONTESCO.- ¡Oh! ¿Dónde está Romeo? ¿Le habéis vi-
to hoy? Celebro infinito que no se encontrara en esta refri-
ga.

BENVOLIO.- Señora, una hora antes que el sol idolatrado
asomara por los áureos balcones del Oriente, una intranquili-
dad de ánimo me impulsó a pasear por las afueras, donde, ba-
el vergel de sicómoros que crece al poniente de la ciudad,
distinguí a vuestro hijo paseando en hora tan temprana. Me
encaminé hacia él; pero esquivó mi vista y se internó en la

espesura de la arboleda. Yo, midiendo sus afecciones por las
mías, que nunca son más activas que en medio de la mayor sole-
dad, seguí mi capricho sin perseguir el suyo, y gustoso evité
a quien gustoso huía de mí.

MONTESCO.- Allí le han visto más de una mañana, aumentan-
do con sus lágrimas el fresco rocío de la aurora y añadiendo a
las nubes nuevas nubes con sus hondos suspiros; pero apenas el
sol, que a todo alegra y anima, allá, en los confines del
Oriente comienza a descorrer las densas cortinas del lecho del
alba, mi triste hijo vuelve al hogar, huyendo de la luz, y se
aprisiona en su estancia, cierra las ventanas, echa cerrojos a
la hermosa luz del día y se forja a sí propio una noche artifi
cial. Deplorable y fatal será este humor extraño, a menos que
un buen consejo pueda remediar la causa.

BENVOLIO.- ¿Sabéis la causa, noble tío?

MONTESCO.- Ni la sé, ni logro conseguir que la descubra.

BENVOLIO.- ¿Le habéis tanteado de alguna manera?

MONTESCO.- Así yo como otros muchos amigos; pero él, con-
sejero de sus propias afecciones, es para sus adentros, no di-
ré tan fiel, pero sí tan impenetrable y cerrado, tan inasequi-
ble a la indagación y al sondeo, como el capullo roído por en-
vidioso gusano antes que pueda desplegar al aire sus delicados
pétalos o dedicar al sol su belleza. Si averiguáramos siquie-
ra el origen de su pesar tan gustosos seríamos en remediarlo
como en conocerlo.

BENVOLIO.- Miradle dónde viene. Retiraos, os ruego. Sa-
bré la causa de su aflicción, o muy reservado se mostrará con-
migo.

MONTESCO.- ¡Ojalá a solas con él tengas la suerte de oír-
le una confesión sincera! Vamos, señora, retirémonos. (*Salen*
MONTESCO y LADY MONTESCO.)

Entra ROMEO.

BENVOLIO.- ¡Feliz madrugada, primo!

ROMEO.- ¿Es tan joven el día?

BENVOLIO.- Acaban de dar las nueve.

ROMEO.- ¡Ay de mí! ¡Qué largas parecen las horas tris-
tes! ¿Era mi padre el que se alejaba de aquí tan aprisa?

BENVOLIO.- Lo era. ¿Qué pesadumbre alarga las horas de
Romeo?

ROMEO.- El no poseer lo que, poseído, las abrevia.

BENVOLIO.- ¿En amor?

ROMEO.- Privado...

BENVOLIO.- ¿De amor?

ROMEO.- Privado de los favores de aquella a quien ador

BENVOLIO.- ¡Ay! ¡Que el amor, tan gentil en la aparie
cia, haya de ser tan cruel y tirano en la prueba!

ROMEO.- ¡Ay! ¡Que el amor, que lleva siempre vendada
vista, halle sin los ojos camino franco a su voluntad! ¿Dó
de comeremos? ¡Mísero de mí! ¿Qué reyerta ha habido aquí?
Mas no me lo digas, pues todo lo he oído. Mucho da que hac
aquí el odio, pero más el amor. Por tanto, pues, ¡oh amor
pendenciero! ¡Oh odio amoroso! ¡Oh suma de todo, primer e
gendro de la nada! ¡Oh pesada ligereza, grave frivolidad!
¡Informe caos de seductoras formas! ¡Pluma de plomo, humo
resplandeciende, fuego helado, robustez enferma, sueño en p
petua vigilia, que no es lo que es! Tal es el amor que sie
to sin sentir en tal amor amor alguno. ¿No te ríes?

BENVOLIO.- No, primo; más bien lloro.

ROMEO.- Buen corazón, ¿de qué?

BENVOLIO.- Del agobio de tu buen corazón.

ROMEO.- ¡Qué quieres, achaques son de amor! Mis propi
pesares abruman mi pecho, que se acrecientan más con los t
yos. Ese efecto que me has mostrado añade nuevo pesar al e
ceso del mío. El amor es humo engendrado por el hálito de
los suspiros. Si lo alientan, es chispeante fuego en los
ojos de los enamorados. Si lo contrarían, un mar nutrido
lágrimas de amantes. ¿Qué otra cosa más? Cuerdísima locur

hiel que endulza y almíbar que amarga. ¡Adiós, primo mío!

BENVOLIO.- ¡Aguardad! Quiero acompañaros. Si así me de
jais, me ofendéis.

ROMEO.- ¡Calla! Yo me he perdido, yo no estoy aquí. Es
te no es Romeo. ¡Romeo está en otra parte!

BENVOLIO.- Dime en serio: ¿de quién estás enamorado?

ROMEO.- ¡Cómo! ¿Tendré que decírtelo sollozando?

BENVOLIO.- ¡Sollozando! ¿Por qué? No; sino que me di--
gas seriamente de quién es.

ROMEO.- Pídele a un enfermo que haga en serio su testa--
mento. ¡Ah, qué consejo de tan mal efecto para uno que tan
mal está! En serio, primo: adoro a una mujer.

BENVOLIO.- Bien cerca apuntaba cuando te supuse enamora-
do.

ROMEO.- ¡Certero y buen tirador! ¡Y que es gentil la
que adoro!

BENVOLIO.- Un certero y gentil tirador, gentil primero,
hace blanco en seguida.

ROMEO.- Bien; pues en ese blanco erraste, porque no hay
modo de que haga, en ella blanco la saeta de Cupido. Tiene
el espíritu de Diana, y bien armada, a prueba de su resisten-
te castidad, vive fuera del alcance del infantil y endeble ar
co del amor. No se dejará asediar de propuestas amorosas, ni
sufrirá el encuentro de asaltadores ojos, ni abrirá su seno
al oro, seductor de santos. ¡Oh! Es rica en belleza, y solo
pobre porque, cuando muera, con su hermosura morirá su teso--
ro.

BENVOLIO.- ¿Ha hecho, entonces, voto de perpetua casti--
dad?

ROMEO.- Lo ha hecho, y esa avaricia de su belleza impli-
ca un copioso derroche, pues su hermosura, marchitada a tal
extremo, priva de hermosura a toda la posteridad. Es demasia
do hermosa, demasiado discreta, demasiado discretamente hermo
sa, para merecer la felicidad a cambio de mi desesperación.

He abjurado del amor, y con este voto vivo yo muerto, que s
lo vivo para contártelo ahora.

BENVOLIO.- Guíate por mí; deja de pensar en ella.

ROMEO.- ¡Oh! ¡Enséñame cómo pueda dejar de pensar!

BENVOLIO.- Dando libertad a tus ojos. Mira otras hermo
suras.

ROMEO.- He ahí el medio de proclamar la suya más exquis
ta. Esos afortunados antifaces que besan el rostro de las
mas bellas nos hacen adivinar, por ser negros, la radiante
blancura que esconden. El que ciega de repente no puede ol
dar el inestimable tesoro de su vista perdida. Preséntem
una dama de extremada belleza. ¿De qué me servirá su belle
sino de escrito en que pueda leer quien aventajó a esa aven
jada belleza? ¡Adiós, tú no sabes enseñarme a olvidar!

BENVOLIO.- Yo te daré esa enseñanza, o de lo contrario
he de morir en deuda. (*Salen.*)

E S C E N A II.

El mismo lugar.- Una calle.

Entran CAPULETO, PARIS *y un* CRIADO.

CAPULETO.- Pero Montesco queda obligado bajo igual p
lidad que yo, y no será difícil, según pienso, en hombres
viejos como nosotros, guardar la paz.

PARIS.- Ambos gozáis de honrosa consideración, y es m
lamentable que hayáis vivido enemistados tanto tiempo. Y a
ra, señor, ¿qué contestáis a mi demanda?

CAPULETO.- No haré sino repetir lo que otras veces di
Mi niña es todavía una extraña en el mundo. Aún no ha cum
do catorce años. Dejad que otros dos estíos se extingan e

su esplendor antes que podamos juzgarla en sazón para desposa
da.

PARIS.- Otras más jóvenes que ella son ya madres felices.

CAPULETO.- Y demasiado pronto se marchitan las que tan prematuramente se desposan. El mundo se me llevó todas mis esperanzas, menos ella. Ella es la dueña y esperanza de mi mundo. Pero cortejadla, gentil Paris, interesad su corazón. Mi voluntad es solo una parte de su sentimiento. Una acogida suya, como objeto de su elección, envuelve mi conformidad y voto favorable. Esta noche, según tradicional costumbre, doy una fiesta, a la cual he invitado a varias personas de mi estimación. Aumentad el número y seréis el bienvenido entre la concurrencia. En mi humilde morada disponeos esta noche a contemplar estrellas que pisan la tierra eclipsando la luz del cielo. Deleite semejante al que experimenta el robusto doncel cuando el florido abril pisa los talones del perezoso invierno, lo sentiréis esta noche en mi casa entre frescos ca
pullos femeninos. Oíd a todas esas hermosuras, miradlas to--
das y conferid la preferencia a aquella cuyo mérito sea mayor. Bien visto, mi hija es una más que puede figurar en el número, sin entrar en la cuenta. Venid, acompañadme. (*Al* CRIADO, *entregándole un papel.*) Marcha tú, pícaro; recorre la hermosa Verona, busca las personas cuyos nombres están aquí escritos y diles que mi casa y bienvenida esperan su favor. (*Sa--len* CAPULETO y PARIS.)

CRIADO.- ¡Busca a aquellos cuyos nombres están aquí es--
critos! Escrito está que el zapatero se entienda con su yarda, y el sastre con su horma; el pescador con sus pinceles, y con sus redes, el pintor; mas a mí me envían a buscar aquellas personas cuyos nombres están aquí escritos, y jamás po--
dré hallar qué nombres ha escrito aquí el escribiente. Ten--
dré que acudir a los entendidos. En buena ocasión.

Entran BENVOLIO y ROMEO.

BENVOLIO.- ¡Calla, hombre! Un fuego apaga otro fuego. Una pena se calma con el sufrimiento de otra. Da vueltas has